

El viático de la Naturaleza en la gran prueba del Antropoceno

Josep Maria Mallarach. Geólogo. Consultor ambiental en la Comisión Mundial de Areas Protegidas. Fundador de la asociación Silene"

Tiempos de excepción, indudablemente. La gran excepción en la historia humana han sido los dos últimos siglos durante los cuales se ha desarrollado el crecimiento exponencial de la población y del consumo de recursos que nos ha llevado a la crisis global. Hace medio siglo que el impacto de la humanidad empezó a desbordar la capacidad de la Tierra (Wackernagel & Rees, 1996). La comunidad científica hizo sonar alarmas ante el escepticismo de los tecno-optimistas (Kendall et al, 1992; Ripple et al., 2017). Se promovieron importantes tratados y estrategias globales, como la Agenda 21, sin que fuéramos capaces de cambiar las tendencias insostenibles. La prodigiosa resiliencia de los ecosistemas terráqueos y oceánicos absorbió durante las primeras cuatro décadas nuestros excesos, haciendo parecer exageradas las graves advertencias sobre la gravedad de las tendencias insostenibles. Se han repetido los avisos, con evaluaciones globales cada vez más rigurosas (UNEP, 2003, MEAB, 2005, UNEP, 2012), pero ha sido en vano. Hemos llegado al período en que las diversas facetas de la crisis confluyen creando sinergias sistémicas que nos sorprenden por sus múltiples derivadas: intensificación de olas de calor, temporales y devastadores, incendios forestales de magnitud nunca vista, fusión masiva de hielos polares,

glaciares y *permafrost*¹, sequías y hambrunas en zonas áridas, crecientes migraciones de refugiados climáticos, conflictos armados por agua o hidrocarburos, etc. Este año se ha sumado la crisis sanitaria de la Covid-19 que ha confinado casi la tercera parte de la humanidad en un período que ha coincidido con la Cuaresma cristiana y el Ramadán musulmán, creando una oportunidad inédita para los creyentes de ambas religiones (que suman más de la mitad de la humanidad) a la interioridad, a profundizar nuestra conversión, a ser más conscientes de nuestras responsabilidades, aceptando que la salud humana es interdependiente de la salud de la Tierra.

Vivimos inmersos en la desestabilización de los equilibrios dinámicos de los ecosistemas terrestres y marinos globales. La respuesta de nuestra Madre Tierra a la explotación, destrucción y devastación generalizada, ha sido paciente, pero superados sus límites homeostáticos se suceden los inexorables reajustes – a veces lentos, otras puntuados de eventos súbitos, catastróficos– que tienden a restablecer otros equilibrios distintos, en los que está por ver si la humanidad contemporánea tendrá cabida.

Las causas de la crisis global son múltiples y complejas. Siguiendo la triada clásica, podríamos agruparlas en físicas, psíquicas y espirituales. En el ámbito físico, son causas humanas indiscutibles: el consumo excesivo, la destrucción, contaminación y deterioro de ecosistemas y los servicios y recursos que ellos nos ofrecen; la acumulación de gases de

efecto invernadero en la atmósfera; la contaminación de los océanos; la sobreexplotación y contaminación de acuíferos, ríos y lagos; la erosión y contaminación de suelos debido a un modelo agroganadero intensivo apoyado en fertilizantes químicos, pesticidas y cultivos transgénicos; el exterminio de especies, la destrucción de hábitats, y la aniquilación de pueblos indígenas, que conservan, a día de hoy, el 90% de las lenguas vivas (Maffi & Woodley, 2001) y el 40% de la biodiversidad de la Tierra (Garnet *et al*, 2018) la mitad de los cuales están amenazados de extinción. Es significativo que el año pasado (2019) se documentara el máximo número de líderes asesinados por defender la tierra y el medio ambiente –casi siempre pacíficamente² (Global Witness, 2019).

En el plano psíquico, la desconexión profunda de la naturaleza, que genera olas de suicidios, síndromes de tristeza, angustia y depresión vinculados a la pérdida de sentido de la existencia; el fomento sistemático de la inconsciencia y la ignorancia del lugar que ocupamos en la naturaleza y los deberes que se derivan de ello, el cultivo del individualismo, del egoísmo, la ambición, y el consumo compulsivo e irresponsable (Roszak, 1972). Por vez primera en la historia, la mayor parte de la humanidad vive en ciudades, la mayoría en grandes urbes (UN, 2018), ha perdido el contacto cotidiano con la naturaleza, el trabajo al aire libre, la relación habitual con las plantas y animales silvestres, con las inagotables y cambiantes bellezas de la naturaleza y con los ritmos majestuosos del cosmos. La fascinación hacia las nuevas tecnolo-

1 El *permafrost* es la capa de suelo permanentemente congelado —pero no permanentemente cubierto de hielo o nieve— de las regiones muy frías o periglaciares, como la tundra. Acumula enormes reservas de carbono orgánico que puede dar lugar a metano (un gas de efecto invernadero 20 veces más potente que el anhídrido carbónico) al fundirse el hielo.

2 El 40% de los líderes asesinados fueron indígenas, defendiendo sus tierras sagradas ancestrales, y la mayoría ocurrieron en América Latina, especialmente en la región amazónica. La minería fue el sector más mortífero, seguido de las grandes empresas agroalimentarias y forestales.

gías, provoca una adicción que causa dispersión de la atención y una exterioridad incompatible con la percepción de los vínculos más profundos que tenemos con nuestra Madre Naturaleza (Mander, 1992), hasta el punto que se ha hecho difícil de imaginar, incluso a los creyentes, que podamos orar en ella, con ella y por ella. El totalitarismo del paradigma tecnocrático crea ambientes cada vez más artificiales, tecnológicamente controlados, alienando una parte creciente de la sociedad de lo que es verdaderamente humano y natural –conceptos inseparables en el fondo– llevando a la humanidad a una encrucijada en la que debe optar (Pigem, 2018).

En el plano espiritual, el reduccionismo materialista, la veneración del capital y la tecnología, el olvido de la dimensión misteriosa, epifánica, teofánica o sagrada de la naturaleza, incluso por parte de las mayores religiones mundiales –en grados diversos– ha eliminado o debilitado el vínculo sacramental con la Creación, como dice la tradición cristiana, o con la contemplación de los ‘signos maravillosos’ de la naturaleza, como enseña la tradición islámica. Dicha escisión ha hecho perder la consciencia no sólo de nuestra propia dependencia –física y psíquica– respecto la naturaleza, sino también de que todos los seres –animados e inanimados– ‘glorifican al Creador’, cada cual en su propio lenguaje, aunque no lo comprendamos. La Tradición enseña que sólo los seres humanos tenemos la libertad de alabar, o no, a la Fuente de la Vida, nuestro Creador. En la medida que lo hacemos sinceramente, con todo nuestro ser, nos armonizamos con el resto de la Creación, entramos en resonancia espiritual. El hecho que los mayores referentes espirituales de la humanidad (Jesús de Nazaret, Moisés, Mahoma, Buda Sakyamuni, etc) hubieran pasado largos períodos de su vida en retiros solitarios

en plena naturaleza, y que fuera allí –precisamente– donde alcanzasen inspiraciones o revelaciones decisivas en sus vidas, no puede estar desprovisto de sentido para todos los que ‘tienen ojos para ver y orejas para escuchar’. En un mundo cada vez más artificializado, ajetreado y ruidoso, recuperar la relación contemplativa y silenciosa con la naturaleza puede ser un verdadero viático, un antídoto sanador contra la superficialidad y la dispersión, para atisbar nuestra comunión con las maravillas de la creación y con la Divinidad omnipresente (Mallarach, 2017). Conceptos como el de ecosofía de R. Panikkar (Sepúlveda, 2018) o de ecología integral (Francisco, 2015) surgen para respuestas a dichas necesidades.

Tiempos de excepción, ‘apocalípticos’ incluso, en el sentido etimológico del término; “tiempos de siega” de recogida de los frutos del ‘reino del hombre’ que inició su marcha triunfal en el Siglo de las Luces, afirmando orgullosamente el dominio humano sobre la naturaleza (Linddom, 1974). Tiempos para cultivar la humildad ante el carácter sistémico de la crisis global, para asumir nuestra responsabilidad y pedir perdón ante la aniquilación cotidiana de innumerables especies de plantas y animales –creaciones puras e inocentes– que sigue avanzando inexorable, aceleradamente, impulsada por la avidez del 20% de la humanidad –del que formamos parte– que consume más del 80% de los recursos mundiales, extendiendo sus tentáculos explotadores por toda la Tierra, creando sufrimientos indecibles y dejando una estela de devastación y corrupción.

Tiempos de excepción y de grandes pruebas. Como toda prueba, en la gran aceleración del Antropoceno, la actitud más humana es aceptarla plenamente, en todo lo que tiene de ineluctable, para entender sus causas, descubrir qué nos muestra, en qué sentido nos interpela y

actuar en consecuencia. En el contexto que vivimos ya no es suficiente orar y cuidar a nuestro prójimo humano, sino que hemos sido invitados a extender nuestra actitud amorosa y compasiva a todas las criaturas de la 'Hermana-Madre Tierra' como reconocía San Francisco de Asís en su magnífico Cántico de las criaturas, y como ha desarrollado por medio de la teología y creativas iniciativas, el Patriarca Bartolomé de Constantinopla a lo largo de su patriarcado (Chrissyavgis, 2012). La Tierra es hermana como criatura, pero madre porque nos sostiene, acoge y alimenta desde que nacemos hasta que morimos, de lo cual derivan deberes filiales, como nos recuerdan todas las culturas más ancestrales del mundo.

Cuando la encíclica *Laudato si'* (Francisco, 2015) nos invita a la conversión ecológica, nos recuerda que 'vivir la vocación de ser protectores de la obra de Dios es parte esencial de una existencia virtuosa, no consiste en algo opcional ni en un aspecto secundario de la experiencia cristiana' (LS § 217); subraya que 'la conversión ecológica lleva al creyente a desarrollar su creatividad y entusiasmo, para resolver los dramas del mundo, ofreciéndose a Dios «como un sacrificio vivo, santo y agradable» (...) que le impone una grave responsabilidad que surge de su fe" (LS § 220), y nos invita a orar con la Creación y por ella. La Tradición nos enseña que la oración sincera involucra todo nuestro ser. Cuando oramos sinceramente por la integridad de la naturaleza, descubrimos que es incompatible con un estilo de vida consumista o una actividad dispersa y eventualmente dañina, y encontramos fuerzas e inspiración para abandonarlas y abrazar con gozo la justa frugalidad. La coherencia es la piedra de toque de toda conversión. La conversión ecológica, nos pide un esfuerzo perseverante para ser más cons-

cientes de las consecuencias de nuestros pensamientos, palabras y acciones, recuperar, en la medida que nos sea posible, la actitud de custodios amorosos de la creación, siguiendo el ejemplo de todos los hombres y mujeres sabios y santos que han vivido en comunión con todo.

Aquellos que creemos en la primacía de la realidad espiritual no consideramos que las causas de la crisis sistémica global sean demográficas, políticas o económicas. Las causas verdaderas se sitúan a un nivel más profundo, provienen de una visión del mundo fundamentalmente errónea –materialista y tecnocrática– que, desarrollándose desde la revolución industrial, se ha expandido de la mano de la occidentalización del mundo hasta dominar las tendencias mundiales. Por consiguiente, los esfuerzos para remediar las tendencias destructivas globales que ignoren estas realidades decisivas, pretendiendo cambios de comportamientos o actitudes sin cambios de valores o de creencias (*metanoia*), están condenadas al fracaso, como muestra la historia de la educación ambiental desde la Conferencia sobre el Medio Ambiente Humano de Estocolmo (1972).

¿Cómo impulsar cambios profundos y resilientes en nuestras vidas, nuestras familias o comunidades, nuestras organizaciones o empresas el seno de las tendencias autodestructivas en las que nos encontramos inmersos? ¿Cómo cultivar la fuerza, la perseverancia y la esperanza de las personas creyentes en un contexto tan adverso? El movimiento ecologista está siendo un revulsivo para volver a las fuentes teológicas, profundizar en el significado de la tradición sacramental (tan vivo en las iglesias cristianas orientales), recuperar una antropología relacional, redescubrir una mística de alabanza al Creador, rehabilitar la categoría de sacrificio y expandir el horizonte ético del pensamiento social cristiano (Tatay,

2020). En una perspectiva más amplia, la creciente convergencia discursiva interreligiosa sobre la ecología, fundada en el reconocimiento de la gravedad de la crisis ecológica ha hecho surgir una narrativa compartida y plural basada en la justicia social, el cuidado de la creación y la solidaridad intergeneracional (Palmer & Finalay, 2003). En muchos lugares, las organizaciones religiosas contribuyen al debate socio-ambiental, ocupando un lugar intersticial en el ámbito de la sostenibilidad, al mismo tiempo que la sostienen y profundizan (Tatay & Devitt, 2017).

La recuperación efectiva de los principios sagrados de las grandes tradiciones religiosas de la humanidad, sus métodos y ritos vinculados a la naturaleza puede revitalizar una ética religiosa capaz de llegar al corazón de los creyentes (Nasr, 1996) es decir, a más del 85% de la humanidad contemporánea (Dowley & Rowland, 2018), inspirando y sosteniendo los cambios colectivos radicales indispensables para impulsar un decrecimiento que, abrazando la justicia social y ambiental, permita minimizar el dolor y la destrucción del declive inexorable, con toda la fraternidad humana y con nuestra Madre Tierra.

Empecé este artículo el 22 de agosto, Día de la Extralimitación de la Tierra (*Earth Overshoot Day*)³. En 1970, cuando se inició el cálculo, la fecha de dicho indicador acaeció el 29 de Diciembre; al ir aumentando la insostenibilidad global, el indicador fue retrocediendo hasta alcanzar el 29 de Julio el 2019. Este año, a pesar del confinamiento y la reducción

de actividad impuesta por las autoridades, tan sólo se ha retrasado unos días, al 22 de agosto (*Overshoot Day*, 2020), lo que da una clara idea de la envergadura del decrecimiento que sería necesario conseguir para alcanzar la sostenibilidad global. Lo termino hoy, 1 de Septiembre, Día de oración y acción para el cuidado de la creación, bajo el lema de 'Jubileo por la Tierra', sin optimismo, pero con profunda esperanza.

<https://www.silene.org/>

Referencias

- Chryssavgis, J. ed. (2012) *On Earth as in Heaven. Ecological vision and Initiatives of the Ecumenical Patriarch Bartholomew*. Fordham University Press, New Yor. 368 p.
- Francisco papa (2015) *Carta encíclica Laudato si', sobre el cuidado de la casa común*. http://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html
- Dowley, T. & Rowland, N. (2018) *Atlas of World Religions*. Fortress Press.
- Garnett, S.t. et al (2018) A spatial overview of the global importance of Indigenous lands for conservation. *Nature Sustainability* volume 1, pages 369–374 (2018)
- Global Witness (2020) *Defending the future. The climate crisis and threats against land and environmental defenders* Global Witness Report. <https://www.globalwitness.org/en/campaigns/environmental-activists/defending-tomorrow/>
- Kendall, H.W. (1992) "World Scientists Warning To Humanity". <https://www.ucsusa.org/resources/1992-world-scientists-warning-humanity>

³ *Earth Overshoot Day* es un indicador de sostenibilidad global que mide el día del año en que se calcula que la demanda de recursos y servicios ecológicos por parte del conjunto de la humanidad supera lo que la Tierra es capaz de regenerar durante en todo el año. Si la humanidad contemporánea fuera sostenible implicaría no habría ningún día del año que se extralimitara.

- Lindbom, T (1974) *Agnarna och vetet*, Stockholm. Traducción castellana: *La semilla y la cizaña. El reino del hombre al término del plazo*. Ed. Taurus (1980)
- Maffi, L. & Woodley, E. (2001) *On Biocultural Diversity: Linking Language, Knowledge, and the Environment*. Smithsonian Institution Press, Washington D.C.
- Mallarach, J.M. (2017) El vínculo entre naturaleza y espiritualidad: hacia un nuevo paradigma En F. Torralba (ed) *Hacia una ecología integral*. Ed Milenio.
- Mander, J (1992) *In the Absence of the Sacred: The Failure of Technology and the Survival of the Indian Nations*. Sierra Club, CA. Trad. castellana de Ángela Pérez: En ausencia de lo sagrado (1996) J.J.de Olañeta, editor, Palma de Mallorca, 464 p.
- MEAB, Millennium Ecosystem Assessment Board (2005) *Living Beyond Our Means: Natural Assets and Human Well-being*. UNEP.
- Nasr, Seyyed Hossein. Religion and the order of nature: the 1994 Cadbury Lectures at the University of Birmingham. New York; Oxford: Oxford University Press, 1996. 310 pp.
- Palmer, M. & Finalay V. (2003) *Faith in Conservation. New Approaches to Religions and the Environment*. The World Bank.
- Pigem, J. (2018) *Ángeles o robots. La interioridad humana en la era hiper-tecnológica*. (versión ampliada del original catalán de 2017) Fragmenta editorial.
- Ripple, W. J. et al. (2017) "World Scientists' Warning to Humanity: A Second Notice" *BioScience*, 67 (12): 1026–1028, doi:10.1093/biosci/bix125
- Roszak, Th (1973) *Where the wasteland ends. Politics and transcendence in postindustrial society*. Anchor Books. Doubleday & Company. New York. 450 p.
- Sepúlveda Pizarro, J. (2017) Ecosofía: hacia una comprensión de la sabiduría de la tierra desde la noción de ritmo del ser de Raimon Panikkar. *Revista de Ciencias de las Religiones*, 23, 263-278. Ediciones Complutense, Madrid. ISSN: 1135-4712
- Tatay, J. & Devitt, C. (2017) Sustainability and Interreligious Dialogue, in *Islamochristiana* 43 (2017) 123–139.
- Tatay, J. (2020) Polémico y fecundo diálogo entre la teología y la ecología. *Estudios Eclesiásticos*, vol. 95, núm. 373, junio 2020, 315-346.
- UN Department of Economic and Social Affairs (2018) 2018 Revision of World Urbanization prospects. <https://population.un.org/wup/>
- UNEP (2003) *The Millennium Ecosystem Assessment*. <http://millenniumassessment.org/en/index.html>
- UNEP (2012): *Keeping track of our changing environment. From Rio to Rio+20 (1992-2012)*.
- Wackernagel, M. and Rees, W.E. (1996) *Our Ecological Footprint: Reducing Human Impact on the Earth*. New Society Publishers, Gabriola Island. <https://www.overshootday.org/>